

ANDRÓMACA, de Eurípides
Traducción de José L. Navarro González

Argumento

Tras la destrucción de Troya, los griegos regresan a su tierra, llevando consigo los principales caudillos mujeres distinguidas de la realeza troyana. Andrómaca, p. e., esposa de Héctor, llegará a Ptía acompañando a Neoptólemo, el hijo de Aquiles. Hermíone, esposa de aquél, no ha podido darle aún descendencia, cosa que sí ha sucedido al unirse con Andrómaca. No pudiendo soportar esto, Hermíone planea deshacerse de Andrómaca y de su hijo Moloso con la ayuda de su padre Menelao. A punto de consumarse el crimen, aparece Peleo -esposo de Tetis, padre de Aquiles, abuelo de Neoptólemo y bisabuelo de Moloso-, quien impide los planes de Hermíone y de Menelao. Éste, entonces, regresa a Esparta y Hermíone, tras reflexionar sobre la atrocidad de su plan, intenta suicidarse, pero se lo impide la nodriza. Contra todo lo esperado, aparece en palacio Orestes, que iba de camino a consultar el santuario de Zeus en Dodona, y, cuando Hermíone, su prometida de antaño, le pide ayuda para salir de la difícil situación en que se encuentra, se la lleva lejos de Ptía y le comunica sus intenciones de atentar contra Neoptólemo, lo que le permitiría casarse con ella. Peleo, tras escuchar el relato del mensajero que le ha informado del atentado mortal sufrido por Neoptólemo, se derrumba, irrumpiendo entonces en escena su esposa Tetis, que propone un final feliz para todos.

x x x

(Altar con estatua de Tetis, divinidad marina, esposa de Peleo y madre de Aquiles. Junto a ella, en actitud que denota cansancio y abatimiento, aparece Andrómaca).

PRÓLOGO

ANDRÓMACA.- ¡Ciudad de Tebas, orgullo de la tierra de Asia!, de donde yo salí un día con atavíos de lujoso oro, para llegar a la mansión real de Príamo, dada a Héctor como esposa fecunda; yo, Andrómaca, antaño envidiada y hoy en cambio mujer más desdichada que ninguna, [de las de antes, de las de ahora]; yo, que vi a mi esposo muerto por manos de Aquiles y al hijo que di a luz para él a Astianacte precipitado desde las torres empinadas una vez que los griegos tomaron la llanura de Troya. Yo, sí, yo, tenida por una mujer de las familias más libre, volví a Grecia como esclava, entregada al isleño Neoptólemo como lo más selecto del botín de guerra capturado en Troya. Vivo en las llanuras aledañas a esta tierra de Ptía y a la ciudad Farsalia donde vivía la marina Tetis en compañía de Peleo al margen del bullicio ciudadano. El pueblo tesalio lo llama «recinto de Tetis», pues en él se celebró la boda de la diosa. Ahora, ocupa esta casa el hijo de Aquiles, quien permite a Peleo ser soberano de Farsalia, pues no quiere empuñar el cetro mientras viva el anciano. Y yo, tras unirme a mi señor, al hijo de Aquiles, he dado a luz en estas mansiones a un hijo varón. Antes, aún bañada en desgracias, me animaba la constante esperanza de que podría encontrar en mi hijo, si lograba salvarse, un baluarte y un remedio de mis males. Pero una vez que mi amo casó con la laconia Hermíone tras rechazar mi lecho de esclava, soy objeto de un acoso implacable por su parte. Anda diciendo que valiéndome de fármacos secretos la hago estéril y odiosa a su marido y que no quiero más que habitar en esta casa en vez de ella, derribando con violencia su matrimonio. Conste que yo al principio no acepté ese lecho de buen grado y que ahora lo tengo por completo abandonado. Sépalo bien Zeus; que no me uní a este lecho por propia voluntad. Pero no hay forma de convencerla y quiere matarme con la colaboración de su padre Menelao. Por cierto, que ahora está en palacio luego de viajar desde Esparta para este asunto. Presa de temor he venido a refugiarme a este cercano recinto sagrado de Tetis por su pudiera impedir mi muerte. Pues Peleo y los descendientes de Peleo lo veneran como testigo que fue de la boda de la Nereida. Y al que es ahora mi único hijo, lo he enviado a escondidas en secreto a otras mansiones, porque temo que pueda morir; pues quien lo engendró, como no está ahora a mi lado, ni me puede proteger a mí ni a mi hijo; se marchó a la región de Delfos, donde paga a Apolo la justa compensación a su locura; pues no se le ocurrió en tiempos otra cosa que ir a Delfos y pedirle explicaciones a Apolo por la muerte de su padre. A ver si al menos ahora, perdonado ya de sus faltas de antaño puede atraerse el favor del dios para el futuro.

[Aparece en escena asustada la sirvienta de Andrómaca]

SIRVIENTA.- ¡Señora! –yo al menos no rehúyo el llamarte con este nombre; muy digna de él te consideraba en tu palacio cuando habitábamos la llanura de Troya; siempre te fui fiel a ti y a tu esposo cuando vivía–. Pues bien, ahora vengo a darte nuevas noticias y lo hago con miedo, por si se entera alguno de los señores, y con compasión por ti. Sí, Menelao y su esposa están tramando acciones terribles contra ti, y tienes que ponerte en guardia frente a ellas.

ANDRÓMACA.- Ay, compañera de esclavitud queridísima, pues eres hoy compañera de esclavitud de quien antaño fuera tu señora y hoy en cambio es una pobre desgraciada. ¿Qué van a hacer? ¿qué tejemanejes se traen entre manos sin más intención que matarme a mí desgraciada, mil veces desgraciada?

SIRVIENTA.- *[Vacilando]*. A tu hijo, desdichada, a tu hijo es a quien intentan asesinar; a tu hijo al que sacaste fuera de palacio.

ANDRÓMACA.- ¡Ay de mí! Saben algo de mi hijo, al que saqué de aquí pero ¿dónde y cuándo se han enterado? ¡Ay desdichada de mí! ¡Estoy perdida!

SIRVIENTA.- No lo sé; yo me he enterado por ellos de lo siguiente; que Menelao ha dejado su palacio y ha salido a buscarle.

ANDRÓMACA.- ¡Ahora sí que estoy perdida! Hijo mío; esos dos buitres te cogerán y te matarán, pues además tu padre resulta que está todavía en Delfos.

SIRVIENTA.- En mi opinión, no lo estarías pasando tan mal si aquel estuviera aquí, pero lo cierto es que estás sola, sin amigos.

ANDRÓMACA.- ¿Y Peleo? ¿no hay ni un rumor de que haya vuelto ya?

SIRVIENTA.- Aunque estuviera aquí es muy viejo ya como para ayudarte.

ANDRÓMACA.- Y sin embargo he dado encargo de que le buscaran más de una vez.

SIRVIENTA.- ¿Acaso crees que alguno de los mensajeros se preocupa por ti?

ANDRÓMACA.- ¿Cómo dices? ¿Quieres entonces ir tú como mensajera mía?

SIRVIENTA.- ¿Y qué diré para estar tanto tiempo lejos de casa?

ANDRÓMACA.- Eres una mujer, así que podrías encontrar mil trucos para ello.

SIRVIENTA.- Mucho ojo que Hermíone es una guardiana de categoría.

ANDRÓMACA.- ¿Estás viendo? Abandonas a tus amigas en las adversidades.

SIRVIENTA.- En absoluto; no vas a poder echármelo en cara porque voy a ir; al fin y al cabo si me sucede alguna desgracia la vida de una esclava no vale mucho.

ANDRÓMACA.- Pues marcha ya, que nosotros elevaremos hasta el éter los lamentos, gemidos y sollozos que no dejan de acompañarnos. Pues por naturaleza, para las mujeres es un alivio de las desgracias que les afligen el poder expresarlas por su boca y por su lengua. Y yo ahora tengo no uno, sino muchos motivos de lamento; la ciudad de mi padre, a Héctor ya muerto, y mi cruel destino al que se me unció el día de la esclavitud en la que fui a caer de forma ignominiosa. En verdad no se debe llamar feliz a ninguno de los mortales antes de ver cómo llega abajo tras haber pasado su último día.

[Comienza Andrómaca un lamento en dísticos elegíacos]

Paris condujo a Helena hasta un lecho nupcial no como esposa, sino como un auténtico desastre para Troya. Por su culpa, oh Troya, por su culpa, el rápido Ares con mil naves de guerra te tomó a ti, oh Troya, que fuiste capturada a fuego y lanza. Y a mi esposo Héctor, mi legítimo esposo, lo arrastró en torno a los muros atándolo a su carro Aquiles, el hijo de la marina Tetis. Yo misma fui llevada desde mi dormitorio hasta la orilla del mar y descendió sobre mi cabeza el yugo odioso de la esclavitud. Muchas lágrimas rodaron por mi rostro al dejar mi ciudad, mi lecho nupcial y a mi esposo tendido en el suelo cubierto de polvo. ¡Ay, pobre de mí! ¿Qué necesidad tenía yo de seguir viendo la luz como esclava de Hermíone? Abramada por ello, ante esta imagen de la diosa, suplicante, temblorosa me deshago en llanto como fuente que resbala sobre una roca.

PÁRODO

CORO.- *[Entra en escena el coro compuesto por mujeres de Ptía].*

Estrofa 1ª.- *¡Mujer que llevas mucho tiempo tumbada /en el recinto sagrado de Tetis /y que te niegas a dejarlo! Aunque soy de Ptía / he venido hasta ti, mujer de raza asiática / intentando aportar alguna solución para tus males; / males que tienen mala solución y que en disputa odiosa / os tienen enzarzadas a ti y a Hermíone, / en común desgracia / por doble matrimonio con el hijo de Aquiles.*

Antístrofa 1ª.- *Conoce tu suerte;/ calibra la presente desgracia a que has llegado/ ¿Con tus señores de linaje lacedemonio rivalizas/ tú, una mujer troyana?/ Abandona el recinto de la diosa marina que acoge / a los rebaños / ¿De qué te sirve así, tan aturdida,/agotar gota a gota tu cuerpo ultrajado / por oponerte a tus señores?/ El poder acabará por imponérsete / ¿Por qué sufrir tan duros sufrimientos / Tú, una mujer que nada eres?*

Estrofa 2ª.- *¡Vamos! Abandona la brillante mansión de la / Nereida / y sé consciente de que eres una esclava / en tierra extranjera / en ciudad ajena / en la que no ves a ninguno de tus seres queridos./ Ay de ti, desgraciada muchacha, mil veces desdichada.*

Antístrofa 2ª.- *Cuando llegaste a las mansiones de mis amos / compasión me inspirabas, tú, una mujer troyana./ Pero por miedo, ahora ni tan siquiera rechistamos / y eso que compartimos tus dolores / no sea que la hija de la hija de Zeus / piense que nos ponemos de tu lado.*

EPISODIO 1

HERMÍONE.- *[Altanera y radiante entra en escena Hermíone].* Esta lujosa corona de oro que adorna mi cabeza y este vestido de vivos colores que embellece mi cuerpo no son precisamente obsequios de la casa de Aquiles o de Peleo que venga yo a lucir ahora. No; mi padre Menelao es quien los ha traído de la laconia Esparta y me los regala junto con abundante dote; así puedo tener libre mi boca. Por lo tanto voy a contestaros con los siguientes argumentos: Tú, que eres una esclava y una mujer comprada como trofeo de guerra quieres expulsarnos de esta casa y apoderarte de ella. Debido a tus pócimas me estoy atrayendo el odio de mi marido y por tu culpa se me está echando a perder mi vientre sin fruto. ¡Ay! ¡qué ideas tan siniestras tienen las mujeres de Asia para este tipo de cosas! Yo te voy a apartar de ellas, y de nada va a servirte esta mansión de la Nereida, ni el altar, ni el templo, porque vas a morir. Pero si

alguno de los dioses o de los mortales quiere salvarte no tienes más remedio que agacharte, olvidar tus pasadas actitudes arrogantes y, de rodillas ante mí, fregar mi palacio esparciendo con tu mano rocío del Aqueloo en cubos con remaches de oro; y además sé consciente de en qué lugar de la tierra estás. Porque aquí no hay Héctor ni Príamo ni oro que valga sino una ciudad griega. Has llegado hasta tal punto de inconsciencia que tienes la osadía, desgraciada, de acostarte con el hijo del asesino de tu marido y encima de tener hijos de él. Así es toda la estirpe de los bárbaros; el padre se amanceba con la hija, el hijo con la madre, la hermana con el hermano, los seres queridos van desapareciendo de esta tierra asesinados, y no hay ley alguna que lo impida. Conque, no vengas a introducir esas costumbres entre nosotros. Porque no está bien que un hombre tenga las riendas de dos mujeres. Fíjate bien; quien no quiere vivir de forma indecorosa ama con la vista puesta en una sola Afrodita patrona del lecho nupcial.

CORIFEO.- ¡Qué envidioso es el corazón femenino, y qué hostil siempre contra quienes comparten un hombre en matrimonio!

ANDRÓMACA.- ¡Ay, ay! ¡Qué mala cosa es para los mortales la juventud y qué mala cosa en la juventud el hombre que sostiene ideas que no son justas. Mucho me temo que por ser tu esclava me vea privada de poder hablar, aunque estén llenos de razones justas mis argumentos; y mucho me temo también que si triunfan se me acuse precisamente por ello de haber causado más daño. Pues los que respiran aires de grandeza soportan con irritación argumentos más cabales por parte de quienes son inferiores a ellos. En mi caso, sin embargo no se me podrá achacar el haberme traicionado a mí misma. Dime, jovencita, ¿con qué argumento sólido te he convencido y pretendo apartarte de tu legítimo esposo? ¿Acaso diciendo que la ciudad laconia es inferior a la de los frigios y que como ésta la supera en avatares del destino a mí me ves libre? ¿O es que, presumiendo de un cuerpo joven y esbelto, de la categoría de mi ciudad y de mis amigos, quiero ocupar tu casa ocupando tu sitio? ¿Para qué? ¿Para dar a la luz en tu lugar a unos hijos esclavos, triste rémora para mí? ¿O es que alguien consentirá que mis hijos sean reyes de Ptía si no los das tú a luz? ¿Qué? ¿Por Héctor precisamente me quieren los griegos? ¿Qué era yo, acaso una mujer gris y no la reina de los frigios? Entérate bien: tu marido no te desprecia por mis fármacos sino porque da la casualidad de que no sabes convivir con él; también eso es un fármaco, que a los maridos no les gusta la belleza, sino las cualidades de una mujer. Cuando tienes una contrariedad, entonces sí, la ciudad de Esparta es algo importante; en cambio Esciros, la tierra de tu marido te parece insignificante. Eres rica entre quienes no son ricos y Menelao es para ti más importante que Aquiles. Así que por todo esto te odia tu marido. Pues conviene que una mujer aunque sea entregada a un mal esposo lo ame con respeto y que no entre a rivalizar con él a ver quién es más orgulloso. Y si hubieras tenido por marido a un rey en Tracia, cubierta por la nieve, donde un sólo hombre se une y comparte el lecho por turno con varias mujeres, qué, ¿las habrías matado? Caso de hacerlo habría quedado en evidencia que atribuyes a las mujeres un deseo de cama insaciable. Cosa vergonzosa por cierto. Y eso que, sin lugar a dudas, pasamos esta enfermedad mucho peor que los hombres, aunque sabemos arreglárnoslas bastante bien. ¡Ay queridísimo Héctor! Compartía contigo el amor de buen grado incluso cuando Afrodita te hacía tener algún desliz, y en muchas ocasiones ofrecía este pecho a tus bastardos a fin de no causarte ningún problema. Y al actuar así me atraía a mi esposo precisamente con mi virtud. Tú en cambio siempre recelosa no dejas que se acerque a tu marido ni una gota de lozano rocío. No busques, mujer superar en pasión por los hombres a la que dio a luz, pues es muy conveniente que los hijos sensatos rehúyan los comportamientos de sus malvadas madres.

CORIFEO.- Señora, hasta donde te sea fácil hacerlo, déjate convencer e intenta con argumentos llegar a un acuerdo con ella.

HERMÍONE. ¿A cuento de qué con estas palabras tan rimbombantes te enzarzas en un certamen dialéctico como si fueras tú la que es sensata, en cambio mis argumentos insensatos?

ANDRÓMACA.- Los que esgrimes ahora, desde luego, así son.

HERMÍONE.- Mujer, no irás a trasplantarme ahora tu sensatez.

ANDRÓMACA.- Por tu propio natural, eres joven y no hablas más que de temas vergonzosos.

HERMÍONE.- Pues tú no habas sino que ejecutas contra mí acciones vergonzosas en cuanto puedes.

ANDRÓMACA.- ¿No vas a llevar en silencio tu dolor por lo referente a los temas de Afrodita?

HERMÍONE.- ¿Y qué? ¿No son ellos en todas partes lo primero para las mujeres?

ANDRÓMACA.- Sí, al menos para las que hacen de ellos un uso correcto; si no, no está bien.

HERMÍONE.- Nosotros no regimos la ciudad según las costumbres de los bárbaros.

ANDRÓMACA.- Lo vergonzoso encierra vergüenza tanto allí como aquí.

HERMÍONE.- ¡Cuánto sabes, cuánto sabes! Pero a pesar de todo debes morir.

ANDRÓMACA.- ¿Estás viendo la estatua de Afrodita que tiene su mirada puesta en ti?

HERMÍONE.- Será que odia a tu patria por el asesinato de Aquiles.

ANDRÓMACA.- Helena, tu madre, le hizo perecer, no yo.

HERMÍONE.- Pero bueno, ¿es que vas a seguir hurgando en mis desgracias?

ANDRÓMACA.- Muy bien; cierro la boca y no digo palabra.

HERMÍONE.- Habla al menos del asunto que me ha traído aquí.

ANDRÓMACA.- Digo *yo* que *tú* no tienes la sensatez que deberías tener.

HERMÍONE.- ¿Es que no te vas a marchar del recinto sagrado de la diosa marina?

ANDRÓMACA.- Si veo que no voy a morir me iré, si no no me iré de aquí jamás.

HERMÍONE.- Pues eso está ya acordado y no voy a esperar hasta que llegue mi marido.

ANDRÓMACA.- Tampoco yo pienso entregarme a ti antes.

HERMÍONE.- Voy a traer fuego contra ti y no pienso analizar tus argumentos.

ANDRÓMACA.- Pues muy bien, incendia, que los dioses al punto lo sabrán.

HERMÍONE.- ...Y contra tu piel dolores causados por terribles heridas.

ANDRÓMACA.- Venga, córtame la cabeza y mancha de sangre el altar de la diosa que irá inmediatamente en pos de ti.

HERMÍONE.- Oh tú, criatura bárbara, testaruda y atrevida; ¿vas a afrontar la muerte con entereza? Pues bien, yo voy a hacer que te levantes de esos escalones ahora mismo por las buenas, tengo un buen cebo para ti. Pero... voy a esconder mis palabras y los hechos pronto hablarán por sí solos. Quédate, quédate ahí postrada que aunque plomo fundido en torno tuyo te retuviera yo haré que te levantes antes de que llegue el hijo de Aquiles, en quienes has depositado tu confianza.

ANDRÓMACA.- Sí; en él confío; es prodigioso que una divinidad haya establecido para los hombres remedios contra reptiles salvajes. Sin embargo contra lo que está más allá que la víbora y el fuego contra una mujer malvada, todavía nadie ha descubierto hasta ahora una medicina; un mal tan grande somos para los hombres.

ESTÁSIMO 1

CORO.-

Estrofa 1ª.- Sin duda a grandes pesares dio comienzo/ el día en que al valle del Ida llegó el hijo de Zeus y de Maya; / conducía el carro de los dioses tirado por tres potros de hermoso yugo / bien pertrechado para el odioso certamen de belleza / hacia los aposentos del boyero / cerca de un joven pastor solitario / y de un patio desierto y con brasero.

Antístrofa 1ª.- Cuando las diosas llegaron al valle boscoso / empaparon sus cuerpos rutilantes / en corrientes de manantiales montaraces / y marcharon después hasta el hijo de Príamo / rivalizando en palabras a cual más insensata. / Y al final triunfó Cipris con su verbo engañoso / agradable al oído / pero amarga confusión de la vida / para la ciudad de los frigios, desdichada / y para los alcázares de Troya.

Estrofa 2ª.- Ojalá hubiera arrojado por encima de su cabeza / al malvado Paris / la que lo dio a luz / antes de que hubiera habitado las grutas del Ida. / Entonces, junto al laurel divino / Casandra gritó que lo mataran, / baldón de la ciudad de Príamo. / ¿A quién no recurrió? / ¿A cuál de los ancianos del pueblo / no suplicó que diera muerte a la criatura?

Antístrofa 2ª.- No habría venido sobre las troyanas / el yugo de la esclavitud / y tú, mujer, tendrías tu morada en las mansiones de los reyes. / Habría evitado su muerte / dolorosos sufrimientos de la Hélade / que afrontaron con sus lanzas los jóvenes / por espacio de diez años en trono a Troya. / Jamás habrían quedado vacíos los lechos / ni faltos de hijos los ancianos.

EPISODIO 2

[Aparece Menelao en estado de gran excitación; viene con Moloso, el hijo de Andrómaca y Neoptólemo]

MENELAO.- Aquí traigo a tu hijo al que hiciste poner a buen recaudo en otra casa a espaldas de mi hija. En el fondo creías que te salvaría esta imagen de la diosa y a éste quienes le habían ocultado. Pues, ya ves, mujer; has resultado ser bastante menos inteligente que Menelao —aquí presente—. Y si no abandonas estas gradas y las dejas libres inmediatamente, el degollado será *él* y no *tú*. Así que sopesa si prefieres morir tú o que sea éste quien perezca a causa de la ofensa que cometes contra mí y contra mi hija.

ANDRÓMACA.- ¡Oh, fama, fama! A montones de hombres que no son nada les has dado una existencia henchida con aires de grandeza. A quienes gozan de una buena reputación basada en la verdad sí las considero felices. Pero desde luego no me parece lógico que la mantengan quienes gozan de buena reputación basada en la mentira; al fin y al cabo su sensatez es superficial, fruto de la casualidad. Así por ejemplo, tú, un cobarde consumado, ¿le quitaste Troya a Príamo al frente de una Troya escogida de griegos? ¿Tú, que te fas esos aires por las palabras de tu hija, a fin de cuentas una pura y simple niña y que has entablado discusión con una pobre mujer esclava? Ni te considero a ti digno de Troya ni a Troya digna de ti. Algunos que parecen ser sensatos lo son sólo en apariencia, porque por dentro son iguales a todos los hombres; si destacan por algo es por el dinero, que ese sí que es poderoso. Pero, en fin, Menelao; prosigamos hasta el final con nuestros argumentos. Veamos. Yo he muerto a manos de tu hija y ella me ha aniquilado. Pues bien, ya nunca jamás podría evitar la ignominiosa mancha del crimen. Incluso tú tendrías que defenderte ante la gente por este asesinato, pues al haber colaborado no te quedará otro remedio. Supón que yo logro evitar la muerte; ¿mataréis entonces a mi hijo? Y aún más; ¿cómo crees que va a reaccionar el padre ante la muerte de su hijo? Por lo menos a él Troya no le considera tan cobarde. Irá hasta donde tenga que ir —y se verá que es capaz de hazañas dignas de Peleo y de Aquiles, su padre— y expulsará de estas mansiones a tu hija. Y tú cuando se la des a otro en matrimonio, ¿qué dirás? ¿Acaso que su talante sensato la lleva lejos de un mal esposo? Pronto se enterará de que no es así. Además ¿quién se va a querer casar con ella? ¿O es que piensas tenerla metida en casa soltera como si fuera una viuda canosa? ¡Ay, pobre hombre! ¿no ves el torrente de males que se te viene encima? ¿No preferirías que tu hija fuera ultrajada por un montón de concubinas antes que le pueda ocurrir lo que te digo? No hay que aplicar grandes remedios a pequeños males ni tampoco por el hecho que las mujeres seamos un mal nefasto tienen que parecerse los hombres a las mujeres en su manera de

ser. Pues sí, como ella en persona anda diciendo por ahí, doy fármacos a tu hija y la hago abortar, yo misma, espontáneamente y no a la fuerza ni postrada ante el altar me someteré a juicio ante tu yerno, para quien soy igualmente culpable de un daño no menor al propiciar que no tenga hijos. Yo soy así. Tus intenciones en cambio... Una cosa temo de ti; que precisamente también por una discordia por causa de una mujer arruinaste la ciudad de los frigios.

CORIFEO.- Siendo mujer has hablado demasiado contra hombres y desde el arco de tu mente se ha disparado lejos la flecha de la sensatez.

MENELAO.- Mujer; todo esto son menudencias impropias, como dices, de mi monarquía y de Grecia. Que te quede claro que la necesidad más acuciante del momento es para cada uno más importante que tomar Troya. Así que yo, como entiendo que es importante que te veas privada de marido, voy a hacer causa común con mi hija. Porque una mujer podía aguantar todo lo demás, pero si fracasa con su marido, fracasa en la vida. Lo suyo es que él mande sobre mis esclavos y que mis familiares y yo también mandemos sobre los de él. Pues entre amigos que sean amigos de verdad no existen posesiones particulares, sino que los bienes son comunes. Y desde luego si yo no voy a resolver mi problema lo mejor posible por esperar al ausente es que soy tonto y no listo. Conque, levántate del recinto sagrado de la diosa, de modo que si mueres tú, este niño pueda esquivar su destino, pero si tú te niegas a morir, entonces lo mataré yo. Pues para uno de los dos es absolutamente forzoso decir adiós a la vida.

ANDRÓMACA.- ¡Ay de mí! Me estás poniendo entre la espada y la pared. Si tengo suerte me espera la tristeza y si no la tengo, la desgracia. Oh tú, que aplicas grandes remedios a males insignificantes; hazme caso. ¿Por qué me matas? ¿Por qué razón? ¿A qué ciudad he traicionado? ¿a cual de tus hijos he dado muerte yo? ¿qué mansión he incendiado? A la fuerza me acosté con mi señor. Y ahora ¿me va a matar a mí y no a él que es el culpable de esta situación? Dejas a un lado lo que está el principio y te vas al final, a lo que viene después. ¡Ay de mis males! ¡Ay pobre patria mía! Que terribles sufrimientos estoy pasando. ¿Qué necesidad tenía yo de parir y de añadirle doble carga a la carga de mis males? Yo, que presencié el asesinato de Héctor arrastrado por el carro y el espantoso incendio de Ilión. Yo que embarqué como esclava en las naves de los argivos, arrastrada por mi cabellera. Y una vez que llegué a Ptía paso a ser esposa de los asesinos de Héctor. ¿Qué placer, pues, voy a encontrar en vivir? ¿A qué punto debo mirar? ¿A los avatares de entonces o a los de ahora? Este hijo era el único rayo de luz que me quedaba en la vida. Y se disponen a matarlo unos hombres a quienes eso les parece bien. Pues ¡no! Si es para que salve yo mi pobre vida, ¡no! En él radica mi esperanza, si se salva y para mí es un oprobio no morir por mi hijo. ¡Mira! Abandono ya el altar y me pongo en tus manos; degüéllame, mátame, encadéname, estrangúleme. ¡Hijo mío! Yo, que te parí, me marché al Hades para que tú no mueras. Si logras escapar al funesto destino, acuérdate de tu madre, de los enormes dolores que sufrió. Y a tu padre, lo besas, lo cubres de lágrimas, le echas los brazos al cuello y le cuentas lo que hice. Pues para todos los hombres, los hijos son el aliento de la vida. Quien no lo entiende porque no los tiene, sufre menos pero paga por su tranquilidad el precio de su desgracia.

CORIFEO.- Al oírte te he compadecido, pues dignos de compasión son las desgracias para todos los mortales aunque uno sea ajeno a ellas. Menelao; deberías hacer llegar a un consenso a tu hija y ésta, a ver si se libera de sus pesares.

MENELAO.- ¡Esclavos! Cogedme a ésta, atadle las manos, que va a tener que oír palabras nada amistosas. Yo, con el fin de que dejaras puro el altar de la diosa, te puse como pretexto la muerte de tu hijo; con ello te he hecho llegar a mis manos para degollarte. Que te quede claro que esta es la situación en lo que a ti se refiere. Con respecto a este hijo tuyo, mi hija decidirá si quiere matarlo o no. Y ahora entra en palacio, para que aprendas, como esclava que has resultado ser, a no insubordinarte nunca contra personas libres.

ANDRÓMACA.- ¡Ay de mí! Alevosamente me has seducido; he sido vilmente engañada.

MENELAO.- Proclámalo a los cuatro vientos, que yo no lo negaré.

ANDRÓMACA.- ¿Entre vosotros, las gentes del Eurotas, son estas actitudes conscientes?

MENELAO.- Sí, y también entre las gentes de Troya; que quienes han sufrido se venguen.

ANDRÓMACA.- ¿Crees que lo divino no es divino y que ya no tiene justicia?

MENELAO.- Cuando llegue el momento lo afrontaré. Ahora, voy a matarte.

ANDRÓMACA.- ¿También a esta criatura arrebatándola de debajo de mis alas?

MENELAO.- Por mi parte, no, pero a mi hija, si quieres se lo entregaré para que lo mate.

ANDRÓMACA.- ¡Ay de mí!, ¿por qué entonces no voy a lanzar por ti profundos gemidos?

MENELAO.- La esperanza que le espera no es precisamente muy fundada.

ANDRÓMACA.- ¡Oh habitantes de Esparta, los más odiosos de los mortales para todos los hombres, pérfidos consejeros, señores de mentiras, maquinadores de desgracias, mentes retorcidas capaces de trastocarlo todo; de qué modo tan injusto os vais pavoneando por toda Grecia! ¿Qué es lo que no se da entre vosotros? ¿Acaso no innumerables asesinatos? ¿Acaso no lucros vergonzosos? ¿Acaso no se os sorprende constantemente diciendo una cosa con la lengua y pensando otra? ¡Que os parta un mal rayo! Que para mí la muerte no es tan pesada como te parece. Las desgracias de antaño me hicieron perecer, cuando fue tomada la desdichada ciudad de los frigios y con ella mi esposo, el ilustre Héctor, que con su lanza en muchas ocasiones se convirtió en marinero vulgar en vez de soldado de tierra firme. Y eso sí; ahora, presumiendo ante una mujer como si fueras un hoplita formidable quieres matarme. Pues mátame, que a ni a ti ni a tu hija os voy a dar el gusto de presumir a costa mía, porque tú de por sí ya eres importante en Esparta y yo, por lo menos en Troya. Y no te frotes las manos ahora porque esté yo pasando este mal trance, porque exactamente lo mismo podría sucederte a ti.

ESTÁSIMO 2

CORO.-

Estrofa 1ª.- Jamás, nunca jamás elogiaré / matrimonio de un mortal con dos mujeres / ni hijos nacidos de dos madres / discordias familiares y amargos disgustos. / Que en mis bodas / limite mi marido sus amores a un único lecho / nupcial no compartido.

Antístrofa 1ª.- Tampoco; tampoco en las ciudades / son los gobiernos dobles más llevaderos que los de / un solo hombre, / carga sobre carga / y exasperación ciudadana. / Y hasta las Musas se complacen / en provocar enfrentamiento / entre dos vates que componen un himno.

Estrofa 2ª.- Cuando rápidos vientos impulsan a los marineros / criterios dobles de reflexión en los timones / y multitud de expertos reunida / resulta ser más débil / que una inteligencia inferior, pero con libertad total de decisión. / Cuando palacios y ciudades / anhelan encontrar prosperidad / el poder debe ser de un solo hombre.

Antístrofa 2ª.- Lo ha puesto de relieve esta mujer laconia / hija de Menelao, caudillo del ejército, / pues furiosa llegó contra su rival en el lecho, / e intenta matar a la desdichada muchacha troyana / y a su hijo por una discusión descabellada. / Impío, injusto, indigno es este asesinato. / Aun te alcanzará, señora venerable, el castigo / merecido por tus actos.

EPISODIO 3

[Ante la puerta de palacio aparecen Andrómaca y su hijo con las manos atadas azuzados por Menelao]

CORIFEO.- Estoy viendo delante de las puertas a esta pareja tan unida, cuya muerte ha sido decretada. Desdichada mujer, y pobrecillo tú, hijo, que mueres por el matrimonio de tu madre, sin tener nada que ver en ello, inocente a los ojos de los señores.

ANDRÓMACA.- Aquí me llevan bajo tierra con las manos cubiertas de sangre y atadas con nudos.

HIJO. Madre, madre, yo también te acompaño abajo al cobijo de tus alas.

ANDRÓMACA.- Lúgubre sacrificio, oh nobles de la tierra de Ptía.

HIJO.- ¡Padre! ¡Ven en ayuda de los tuyos!

ANDRÓMACA.- Hijo del alma, yacerás sobre los senos de tu madre, cadáver bajo tierra con cadáver.

HIJO.- ¡Pobre de mí! ¡Ay de mí! ¿Qué va a ser de mí? Desgraciado yo y tú también, madre.

MENELAO.- Id ambos bajo tierra, pues vinisteis aquí desde alcázares enemigos. Los dos vais a morir por dos razones absolutamente irreversibles; a ti te va a liquidar mi voto y a tu hijo mi hija Hermíone. Que es una enorme insensatez dejar vivos como enemigos a los hijos de los enemigos, cuando se les puede eliminar perfectamente y aliviar el miedo de las casas.

ANDRÓMACA.- ¡Oh esposo, esposo, ojalá tuviera por aliadas tu mano y tu lanza, hijo de Príamo!

HIJO.- ¡Pobre de mí! ¿qué canto podría encontrar yo que pudiera alejarme de la muerte?

ANDRÓMACA.- Suplica, hijo, postrándote a las rodillas del señor.

HIJO.- ¡Amigo, amigo, líbrame de la muerte!

ANDRÓMACA.- Tengo los ojos empapados en lágrimas; goteo como fuente sin sol sobre una roca lisa, ¡ay desdichada de mí!

HIJO.- ¡Ay de mí! ¡Pobre de mí! ¿qué ingenioso remedio contra mis desgracias podría yo encontrar?

MENELAO.- ¿Por qué te postras ante mí como su suplicas a una roca marina o a una ola? Para los míos reporto grandes ventajas, pero por ti no tengo cariño alguno; desgastando una parte importante de mi vida capturé Troya y a tu madre; disfrutando de ella vas a bajar al Hades subterráneo.

[A lo lejos aparece excitado el anciano Peleo]

CORIFEO.- ¡Eh! Acabo de ver a Peleo que moviendo sus pies de anciano se acerca sin embargo presuroso.

PELEO.- A vosotros os pregunto y a quien está a punto de consumir el sacrificio ¿Qué es eso? ¿Qué significa esto? ¿Es que se ha vuelto loco el palacio? ¿Por qué? ¿Qué vais a hacer? Vais a hacer algo que no habéis sopesado lo suficiente. ¡Quieto, Menelao! No tengas prisa; no te asiste la justicia. *[A un servidor].* Vamos, llámame rápido; me parece que la situación es urgente. *[Hablando para sí]* ¡a ver si recobro las fuerzas que tenía de joven! ¡Vamos! Primero voy a insuflarle ánimo a ésta como si fuera un viento de popa que impulsa las velas. A ver, ¿con qué derecho te llevan estos a tu hijo y a ti con las manos atadas? Ausentes de palacio tu señor y yo, tú estás a punto de perecer, como una oveja que cobija a su cordero.

ANDRÓMACA.- ¡Ay anciano! Ya lo ves. Estos me llevan con mi hijo a la muerte. ¿Qué te puedo decir? No uno, sino mil avisos te mandé. Seguro que sabes la discordia que reina en palacio por causa de la hija de éste y también por qué motivo voy a morir. Ahora me llevan tras haberme expulsado del altar de Tetis, la que te dio un hijo de noble linaje, a la que tú tanto veneras, sin haberme juzgado, sin esperar a quienes están lejos de palacio, sabedores de mi desamparo y del de este niño, que de nada es culpable, y al que van a matar conmigo, desdichada. Pero te suplico, anciano, postrándome ante tus rodillas –pues no me es posible tocar tu queridísima barba con las manos– por los dioses, sácame de este apuro. Porque si no, anciano, moriremos sí, de forma ignominiosa para vosotros y lamentable para mí.

PELEO.- Antes que alguien tenga que lamentarlo, os ordeno soltar sus ligaduras y liberar sus manos dobladas.

MENELAO.- Pero lo prohíbo yo, alguien no inferior a ti y desde luego mucho más amo y señor de ésta que tú.

PELEO.- ¿Cómo? ¿Es que vas a venir aquí a gobernar mi casa? ¿No tienes bastante ya con gobernar Esparta?

MENELAO.- Yo la capturé y la traje de Troya como prisionera, yo.

PELEO.- Pero fue el hijo de mi hijo quien la tomó como botín de guerra.

MENELAO.- ¿Y qué? ¿No es lo mío suyo y lo suyo mío?

PELEO.- Para obrar bien, sí, pero no para obrar mal y desde luego en absoluto para matarla con violencia.

MENELAO.- ¡Nunca me vas a arrebatarse a ésta de mis manos!

PELEO.- ¿Tendré que golpearte con el cetro hasta ensangrentar tu cabeza?

MENELAO.- Acércate y pégame, si quieres.

PELEO.- ¿Qué clase de hombre eres tú, el más vil, hijo de hombres viles? ¿Cómo se te puede clasificar de hombre? Tú, que te viste privado de tu esposa a manos de un frigio, porque dejaste tu palacio sin cerrojos, sin esclavos, como si tuvieras en él a una mujer recatada y no a las más sinvergüenzas de todas. Ni aunque quisiera podría ser recatada una joven espartana de esas que abandonan sus hogares y se dedican a competir en carreras y palestras junto con los muchachos, con los muslos al aire y los peplos sueltos; yo desde luego no puedo soportar ese espectáculo. ¿De qué hay que extrañarse entonces si no formáis mujeres recatadas? A Helena habría que preguntárselo, que tras abandonar tu palacio se marchó a otro país con un jovencito. Y luego, ¿por ella precisamente reclutaste un ejército tan nutrido de griegos y lo condujiste hacia Ilión? Por ella no deberías haber empuñado una lanza, sino haberle escupido al descubrir lo sinvergüenza que era y haberla dejado allí, pagando incluso con tal de no tener que volverla a admitir en palacio. Pero como los vientos de tu mente no apuntaban precisamente en esa dirección, hiciste que perecieran muchos hombres de bien, dejaste en las casas a ancianos huérfanos de sus hijos y arrebataste a padres canosos hijos en la flor de la vida. Uno de esos, precisamente soy yo. Te fulmino con la mirada como si fueras un espíritu nefasto, asesino de Aquiles. ¡Tú, el único que volviste de Troya sin un rasguño! Tus preciosísimas armas en sus preciosísimos estuches; ¡igual que las llevaste, las trajiste! Ya le aconsejaba yo a mi hijo en vísperas de su boda que ni entablara parentesco contigo ni recibiera en palacio el mal brote de una mujer malvada; pues sin lugar a dudas, ese tipo de mujeres sacan a relucir los defectos de sus madres. Jóvenes que tenéis intención de casaros ¡hacedme caso! Tomad por esposa a la hija de una madre excelente. Pero además de todo esto, ¿hasta qué grado de insolencia contra tu hermano has llegado que fuiste capaz de ordenarle sacrificar a su hija de la manera más simple? ¡Vaya si tenías miedo de no recuperar a tu pérvida esposa! Y después de tomar Troya –sí, sigo tus andanzas hasta allí– no mataste a tu mujer cuando la tenías al alcance de la mano, sino que nada más ver su pecho, dejaste caer al suelo la espada, aceptaste sus caricias y te deshiciste en arrumacos con esa perra traidora porque por tu propia naturaleza eres totalmente vulnerable a los encantos de Afrodita, ¡tú, sinvergüenza! Y, para colmo, llegas a casa de mi hijo e intentas arrasarla mientras él está fuera y te dispones a dar muerte de forma ignominiosa a una pobre mujer y a su hijo; pues, aunque fuera tres veces bastardo, entérate bien, la que está en palacio os hará llorar a ti y a tu hija. Muchas veces, una tierra yerma da más fruto que otra fértil y muchos hijos bastardos son mejores que los legítimos. En fin ¡llévate a tu hija! Para los mortales es mayor timbre de gloria tener por suegro y amigo a un hombre pobre, pero honrado, que a uno rico, pero malvado. Y tú, desde luego, no eres nada.

CORIFEO.- La lengua de los hombres termina haciendo de una charla intrascendente una trifulca en toda regla. Y los hombres sabios tienen esto muy en cuenta; toman precauciones para no indisponerse con sus amigos.

MENELAO.- ¿En qué cabeza cabe decir que son sabios los viejos, incluso quienes antaño han parecido sensatos a los griegos? Toma nota tú, Peleo, nacido de padre ilustre, que has entablado parentesco conmigo; estás diciendo toda una serie de ignominias y ofensas para ti y para mí por una mujer bárbara, a la que deberías expulsar más allá de las corrientes del Nilo, en los confines del Fasis al tiempo que deberías invitarme sin parar a que haga yo lo mismo con ella; al fin y al cabo es una mujer del continente en el que han caído cadáveres sin cuento de Grecia muertos por la lanza, y que además se ha manchado con la sangre de tu hijo. Sí, porque Paris que mató a tu hijo Aquiles era hermano de Héctor y ésta la esposa de Héctor. Y tú vas y entras con ella bajo el mismo techo y te parece lógico que pase su vida compartiendo la mesa contigo, y permites encima que dé a luz en palacio a hijos detestables. Y cuando yo, anciano, sabiendo muy bien lo que me hago, hago además de matarla, me la quitan de las manos. Pero sigamos adelante, que no tengo ningún reparto en tocar el tema; si resulta que mi hija no da a luz y en cambio de esa nacen hijos, ¿qué harás? ¿instaurarlos como soberanos de esta tierra de Ptía y que pese a ser de estirpe bárbara manden sobre los griegos? ¿O sea que soy yo, el que no está en sus cabales porque odio lo que no es justo y tú en cambio sí? Piensa además lo siguiente. Imagina que entregas a tu hija a uno de los ciudadanos y le pasa una cosa igual, ¿te habrías estado sentado sin decir ni pío? Me parece que no. ¿Y por una extranjera vas por ahí poco menos que ladrando a quienes –quíéraslo o no– somos tus amigos? Igual fuerza tienen un hombre o una mujer cuando ella recibe ofensas por parte de su marido y exactamente igual cuando un hombre tiene en casa a una mujer casquivana. Sí, sí; el hombre tiene gran fuerza en sus manos y los asuntos de la mujer están en manos de sus padres y sus amigos ¿No es justo, entonces, que yo intente ser útil en los míos? Un viejo, eso es lo que eres; un viejo. Referente a mi mando sobre el ejército, me harías un gran favor hablando más que callando al respecto. Helena lo pasó mal pero muy a su pesar; los dioses fueron los culpables y eso fue lo más grande que le pudo pasar a Grecia, porque pese a ser los griegos inexpertos en el manejo de las armas y de la batalla, se lanzaron por la senda del valor, pues la práctica es para los mortales la maestra de todas las cosas. Y si yo al llegar a la vista de mi mujer me contuve y no la maté no hice sino dar pruebas de sensatez. Tampoco habría querido yo que tú mataras a Foco. En fin; te he replicado con prudencia y sin acritud. Si aún así te irritas, más te va a doler la lengua; a mí, en cambio, me va mejor la previsión.

CORIFEO.- ¡Ya basta! Lo mejor que podéis hacer es poner fin a tantas sandeces, no vayáis a caer en el error los dos a la vez.

PELEO.- ¡Ay de mí! ¡Qué malas costumbres hay en Grecia! Cuando un ejército levanta trofeos sobre los enemigos nadie se para a pensar que tras ellos está el esfuerzo de muchos hombres, sino que es el general quien se cuelga las medallas, él, uno más entre una inmensa multitud, que blande su lanza; no hace nada más que ningún otro y sin embargo tiene más fama que nadie. Instalados en sus cargos les halagan todos en la ciudad y piensan que son más importantes que el pueblo cuando realmente no son nadie. Las gentes son mil veces más sabias que ellos si son capaces de aunar el arrojo y la decisión. Pues bien, exactamente igual tú y tu hermano estabais sentaditos presumiendo de Troya y de vuestras fuerzas armadas, crecidos a costa de las penalidades y fatigas de otros. Ya te voy a enseñar yo a no tener jamás a Paris del Ida por un enemigo inferior a Peleo si no te largas inmediatamente de esta casa, tú y tu hija estéril a la que el que ha nacido de mi hijo empujará por las estancias del palacio arrastrándola de los pelos, ella, una ternera estéril que no tiene hijos no soporta que otra dé a luz. Pero porque el asunto de los hijos le vaya mal ¿debo dejaros sin hijos? Largaos bien lejos de ella, esclavos, para que vea bien si alguien va a impedirme desatar sus manos. *[Dirigiéndose a Andrómaca]*. ¡Levántate tú misma! Pues yo, tembloroso aún, voy a soltar los nudos retorcidos de las correas. *[A Menelao]*. ¿Así has dañado, canalla, las manos de ésta? ¿Qué esperabas, sujetar un buey o un león con las correas? ¿O es que temías que pudiera coger una espada y hacerte frente? *[Dirigiéndose a Moloso]*. Refúgiate en mis brazos, muchacho, y ayúdame a desatar a tu madre. Yo te educaré en Ptía en un inmenso odio a estos. Tened esto bien claro; el día que les falte a los espartanos la fama de su lanza y el arrojo en la batalla, no son nada. Porque en lo demás no son superiores a nadie.

CORIFEO.- Indómita es la raza de los viejos y no es posible defenderse de ella cuando la mueve una aguda cólera.

MENELAO.- Proclive al insulto excesivo, como eres, te dejas llevar y me insultas. Pues yo, que vine a Ptía a la fuerza no pienso hacer ni sufrir ninguna sandez. Y ahora –no tengo tiempo que perder– me vuelvo a mi casa. Pues lejos de Esparta no hay ni una, ni una ciudad; la que antes era amiga ahora se comporta de forma hostil. Volveré para atacarla al frente de un gran ejército y someterla bajo mi yugo; cuando organice los asuntos de allí a mi criterio, entonces volveré. Así, en persona y ante mi yerno cara a cara expondré mis razones y haré que me expongan las suyas; y, en el caso que decida castigar a ésta y comportarse con nosotros en el futuro de forma sensata, recibirá de nuestra parte un trato sensato; pero, si se enfada, tropezará con nuestro enfado. Lo trataremos como él nos trate a nosotros. Tus palabras, desde luego, las aguanto bien, por voz para replicarme tienes una sombra, incapaz de otra cosa que no sea más que hablar y hablar. *[Arrogante, como de costumbre, se retira Menelao]*.

PELEO.- *[Dirigiéndose a Moloso y a Andrómaca]*. Ven hijo, al abrigo de mi brazo y guíame. Y tú también, desdichada, pues tras padecer un salvaje temporal has llegado a buen puerto a cobijo del viento.

ANDRÓMACA.- ¡Ay, anciano! Que te favorezcan los dioses a ti, y a los tuyos, a ti que has salvado a mi hijo y a mí, desventurada. Pero estate atento, no sea que apostados en la soledad del camino éstos me rapten a la fuerza, viéndonos a ti viejo, a mí débil y a este niño pequeño. Tenlo en cuenta, no sea que escapemos ahora y nos capturen después.

PELEO.- No introduces aquí palabras cobardes propias de mujeres. ¡Adelante! ¿quién os pondrá la mano encima? Si lo hace, lo lamentará, pues merced a los dioses mando en Ptía sobre una multitud de jinetes y de hoplitas. Estoy bien tieso y no viejo, como crees, pues me basta con mirar a un individuo así y erigir un trofeo sobre él, aunque sea yo un anciano. Pues un viejo con ganas de vivir puede ser más fuerte que muchos jóvenes, porque ¿de qué sirve un cuerpo fuerte y se es cobarde?

ESTÁSIMO 3

CORO.-

Estrofa 1ª.- *Ojalá nunca hubiera nacido, / y si naciera / ojalá fuera hijo de padres excelentes / y compartiera los bienes abundantes de una casa / Pues cuando a alguien le ocurre algo imprevisto / hay un apoyo siempre para los hombres de linaje; / De aquellos cuya cuna excelente se propaga / son siempre los honores y la fama. / El tiempo no borra el recuerdo de los hombres ilustres; / su virtud resplandece, incluso cuando han muerto.*

Antístrofa 2ª.- *Vale más no lograr una victoria / que lleve inherente mala fama, / que derribar la justicia / con fuerza y con envidia. / Eso es lo que les gusta a los hombres de momento / pero luego se marchita / y degenera en un baldón para su casa. / El tipo de vida que alabo y que llevo es / el siguiente: / Que no haga valer nunca su fuerza / ni en tálamos ni en ciudades /ningún poder al margen de Justicia.*

Epodo.- *¡Oh anciano, hijo de Eaco! / Me consta que en el bando de Lapitas / te enfrentaste a la lanza muy famosa de Centauros; / y que a bordo de la nave Argos, / en la famosa expedición, / sobre un mar adverso, / atravesaste las Simplégades; / y también que regresaste a Europa / con la aureola de gloria colectiva / haya ya tiempo, / cuando el hijo de Zeus / rodeó con muralla de muerte / la famosa ciudad de Troya.*

EPISODIO 4

NODRIZA.- *[Con semblante preocupado aparece en escena la Nodriza de Hermíone]*. ¡Ay, mujeres queridas! ¡Cómo se cumple en este día una desgracia que sucede a otra desgracia! Ahora resulta que la señora, –a Hermíone me refiero– abandonada por su padre y pesarosa por lo que ha hecho intentando dar muerte a Andrómaca y a su hijo, quiere morir; tiembla de miedo a su esposo, no sea que

por sus hechos resulte ignominiosamente expulsada de palacio o que muera por intentar dar muerte a quienes no debía. A duras penas, cuando intentaba ahorcarse la detienen los servidores que cuida de ella, y tirando de la espada que blande en su mano derecha logran quitársela. Así de arrepentida está y es consciente de que lo que hizo antes no está bien. Porque yo, amigos, estoy cansada de apartar a mi señora del nudo corredizo. Vosotros, entrad en palacio y libradla de la muerte, pues cuando se presentan amigos nuevos son más persuasivos que los de siempre.

CORIFEO.- ¡Ay!, estamos escuchando en palacio el grito de los criados ante la misma situación que tú acabas de contarnos. Al parecer, la desdichada se dispone a hacer ver sus remordimientos fruto de sus terribles acciones. Así es, sale de palacio escapando a las manos de los criados con un enorme deseo de morir.

HERMÍONE.- *[Totalmente desencajada aparece en escena Hermíone].*

Estrofa a) *Me arrancaré a tirones mis cabellos / y abriré surcos lacerantes con mis uñas.*

NODRIZA.- ¡Hija mía!, ¿qué vas a hacer?, ¿vas a ultrajar tu cuerpo?

HERMÍONE.- Antístrofa a) *¡Ay, ay, ay, ay! / ¡Velo sutil! Vete por los aires, lejos de mis trenzas.*

NODRIZA.- ¡Hija! Cúbrete el pecho, átate el pelo.

HERMÍONE.- Estrofa b) *¿Por qué debo cubrirme el pecho con el pelo? / Contra mi esposo he cometido acciones manifiestas, evidentes y no ocultas.*

NODRIZA.- ¿Te duele haber tramado la muerte para la otra mujer de tu matrimonio?

HERMÍONE.- Antístrofa b) *Lamento la funesta osadía en que incurrí. / Ay, maldita, maldita yo para los hombres.*

NODRIZA.- Te perdonará esta falta tu esposo.

HERMÍONE.- *La espada... / ¿por qué me la quitaste de la mano? / Devuélvemela, amiga, devuélvemela / para que echada sobre ella me la clave / ¿por qué me apartas de los nudos?*

NODRIZA.- ¿Qué pretendes? ¿Que te deje morir si te dejo a tu aire cuando no estás en tus cabales?

HERMÍONE.- *¡Ay, ay, ay, de mí! ¡Ay de mi destino! / ¿Dónde está mi amiga la llama del fuego? / ¿Dónde las rocas que treparé / bien en la mar o en selva montaraz / para que se ocupen de mí, cuando muera, / los dioses del mundo subterráneo?*

NODRIZA.- ¿Por qué te torturas así? Las desgracias que los dioses envían a los mortales antes o después acaban por llegar.

HERMÍONE.- *Me abandonaste, me abandonaste, padre / sola en la orilla / falta de remo marino. / Me destrozará, me destrozará. / Ya nunca más viviré bajo este techo nupcial / ¿A qué estatua acudiré suplicante? / ¿O me postraré, esclava, ante rodillas de una esclava? / Ojalá fuera yo ave de alas azuladas / para volar lejos de Ptía / o a la quilla de pino, / aquella primera embarcación / que atravesó las Rocas Azuladas.*

NODRIZA.- ¡Ay, hija!, Ni me pareció bien tu desmesura cuando ofendías a la mujer troyana ni me parece bien tampoco el miedo excesivo que tienes ahora. Tu marido no va a romper el parentesco contigo dejándose convencer por las palabras fatuas de una mujer bárbara; a ti no te tiene como una de las prisioneras de Troya, sino por haberte tomado con abundante dote como hija que eres de un hombre excelente y de una ciudad no medianamente próspera. Y, además, hija, tu padre no permitirá, tal y como tú temes, que te expulsen de este palacio después de haberte traicionado. Pero entra dentro y no te des a ver delante de palacio, no sea que provoques algún insulto, hija, si llegas a ser vista delante de estas mansiones.

CORIFEO.- Aquí viene hacia nosotros un extranjero de tez extraña que va de viaje y avanza con paso ligero.

ORESTES.- *[Llega con aire presuroso Orestes].* ¡Mujeres extranjeras! ¿es este el palacio de Aquiles y estas, las dependencias reales?

CORIFEO.- Bien lo has sabido. Pero, ¿quién eres tú, que haces estas preguntas?

ORESTES.- El hijo de Agamenón y Clitemnestra. Mi nombre es Orestes. Voy al oráculo de Zeus en Dodona. Pero ya que estoy en Ptía me parece lógico saber algo acerca de una mujer pariente mía, si es que está viva y le va bien a la espartana Hermíone, pues aunque vive en unas llanuras alejadas de nosotros, la queremos.

HERMÍONE.- *[Le cambia el semblante al oír a Orestes].* ¡Oh puerto, que te apareces ante los marineros en la tormenta, hijo de Agamenón! Por tus rodillas te suplico; ten piedad de mí; ya ves las desgracias que me aquejan y en qué situación tan mala me encuentro, tiendo a tus rodillas mis brazos que tienen tanta fuerza como las cintas rituales de los suplicantes.

ORESTES.- ¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Me equivoco o estoy viendo aquí sin ninguna duda a la soberana del palacio, a la hija de Menelao?

HERMÍONE.- Sí; justamente, a la que Helena, hija de Tindáreo, dio a luz en casa de mi padre. Sábelo todo.

ORESTES.- ¡Oh Febo salvador! Ojalá pongas remedio a sus sufrimientos ¿Qué sucede? Las desgracias que sufres, ¿vienen de los dioses o de los mortales?

HERMÍONE.- Unas, de mi parte, otras, del hombre que me posee; y otras, de parte de alguno de los dioses. Estoy totalmente perdida.

ORESTES.- Veamos, ¿qué desgracia podría sucederle a una mujer, cuando aún no ha tenido hijos, que no sea algo referente al matrimonio?

HERMÍONE.- Precisamente ahí radica mi enfermedad; me has puesto en bandeja el confesarlo.

ORESTES.- ¿Acaso tu esposo ama a alguna compañera de lecho en vez de a ti?

HERMÍONE.- Sí, a la prisionera que compartía el lecho de Héctor.

ORESTES.- Cosa mala has dicho, que un hombre comparta el lecho con dos mujeres.

HERMÍONE.- Pues es así, y por eso tienes que defenderme.

ORESTES.- ¿Y tramaste contra esa mujer las cosas que trama una mujer?

HERMÍONE.- Sí, la muerte para ella y para su hijo bastardo.

ORESTES.- ¿Y la mataste o alguna circunstancia te lo impidió?

HERMÍONE.- El anciano Peleo que defiende a los que son más malvados.

ORESTES.- ¿Y tenías a alguien que colaborara contigo en este asesinato?

HERMÍONE.- Sí, mi padre que vino desde Esparta precisamente para eso.

ORESTES.- Entonces, ¿es que ha sido derrotado en la pelea por el anciano?

HERMÍONE.- Sí, aunque le ha vencido el respeto y no la fuerza. Se ha marchado y me ha dejado sola.

ORESTES.- Comprendo, temes a tu esposo por lo que has hecho.

HERMÍONE.- Lo has comprendido. Me aniquilará con toda justicia, ¿a qué decirlo? Pero te lo ruego, invocando a Zeus protector de los miembros de una misma familia; mándame lo más lejos posible de esta tierra o al palacio de mi padre. Me da la impresión de que este palacio tiene voz y me expulsa de aquí y de que la tierra de Ptía me odia. Si mi marido tras marcharse del oráculo de Febo llega antes a palacio, me matará de forma ignominiosa. Y si no seré esclava de lechos bastardos de los que antes era dueña y señora. Alguien podría decirme ¿cómo cometiste semejante error? Las visitas de malvadas mujeres me perdieron, pues excitaban mi orgullo con palabras como estas: «¿Vas a aguantar que esa prisionera, una sinvergüenza redomada esclava en tu palacio, participe del lecho contigo? ¡No, por Hera soberana. En mi casa, al menos, jamás disfrutaría de mi lecho viendo el resplandor del sol!». Y yo escuchando estas palabras de Sirenas me dejé impulsar por el viento de la estupidez. Pues, ¿a cuenta de qué vigilar a mi esposo, yo que tenía todo lo que necesitaba? Sí; era inmensamente rica, era dueña y señora de palacio, podría haber dado a luz hijos legítimos, y ella en cambio bastardos semiesclavos de los míos. Pero nunca, nunca –lo digo y lo repito–, nunca los hombres sensatos que tienen mujer deberían permitir que las mujeres visiten a la esposa que se queda en casa, porque son sin duda muestras de males. Una por conseguir alguna ganancia arruina el matrimonio; otra como ha tenido algún desliz quiere que comparta con ella la misma enfermedad, otras muchas movidas por la lascivia... En fin, por eso enferman las casas de los hombres. A la vista de ello, proteged bien las puertas de vuestras casas con llaves y cerrojos, porque las salidas fuera que hacen las mujeres no llevan consigo nada sano, sino al revés, muchas y muy malas desgracias.

CORIFEO.- Has soltado demasiado la lengua contra las de tu misma naturaleza. En fin, se te puede perdonar, pero en cualquier caso es necesario que las mujeres disimulen las enfermedades femeninas.

ORESTES.- Qué sabio el que enseñó a los mortales a escuchar los argumentos de los contrarios. Pues yo conociendo la confusión que hay en palacio y el conflicto entre tú y la mujer de Héctor, permanecía a la expectativa por si decidías quedarte aquí o por si aterrada por el asesinato de la mujer prisionera, quieres verte libre de este palacio. He venido no tanto por obediencia a tus cartas, sino por si me dabas, como me has dado, una razón para sacarte de este palacio. Pues siendo mía antes vives con este hombre por la maldad de tu padre que, antes de invadir el recinto de Troya, te entregó a mí como esposa pero después te prometió a quien te posee ahora, si es que lograba saquear la ciudad de Troya. Pero después que volvió aquí el hijo de Aquiles, perdoné a tu padre y a él le supliqué que se olvidara de tu matrimonio al tiempo que le contaba mis desventuras y mi destino en aquel momento: que yo podría casarme con la hija de hombres amigos pero que con una de fuera no sería fácil, ya que estaba desterrado de mi casa, sufriendo el exilio. Él se puso muy insolente y se dedicó a insultarme por el asesinato de mi madre y por las diosas de pies ensangrentados. Y yo, resignado, me dolía, me dolía de las adversidades de mi casa, pero aguantaba las desgracias y sin poder casarme contigo me tuve que volver a mi pesar. Pero ahora, como parece que se te viene el mundo encima y que en tal situación estás sin ideas, te sacaré del palacio y te pondré en manos de tu padre; el parentesco es sin duda algo formidable y en las desgracias no hay nada mejor que un pariente amigo.

HERMÍONE.- De todos los asuntos referentes a mi boda ya se preocuparán mis padres, y no es asunto mío el opinar. Así que mándame cuanto antes lejos de este palacio, no sea que mi marido se anticipe y llegue antes a la casa o que el anciano Peleo, si se entera de que abandono el palacio salga en mi persecución a caballo.

ORESTES.- En lo que a la mano del anciano se refiere, tranquila. Y no tengas miedo del hijo de Aquiles; de qué forma tan insolente se ha comportado conmigo. Pues le tengo preparada por esta mano mía una trampa a base de inamovibles lazos de muerte; no voy a explicarla de antemano, pero cuando se ejecute hasta la roca délfica lo sabrá. *[Señalándose a sí mismo]*. El matricida, si siguen en pie en tierra pítica los juramentos de mis amigos de guerra le enseñará a no casarse con ninguna de las que me corresponden a mí. De un modo muy amargo le va a exigir justicia por la muerte de su padre el soberano Apolo. Y de nada le va a servir cambiar de opinión a la hora de rendir cuentas al dios, sino que va a perecer de mala muerte por obra del dios y de mis intrigas. Va a conocer mi odio. Porque una divinidad trastoca el destino de los enemigos y no les da la oportunidad de sacar a relucir su orgullo.

ESTÁSIMO 4

CORO.-

Estrofa 1ª.- *Oh Febo, que cubriste con torres / la bien amurallada colina de Troya / y tú, rey del ponto, / que con negros corceles / conduces tu carro / por las aguas saladas. / ¿ofrecéis a Ares, amante de la lanza / estas murallas obra de vuestras manos / y dejáis a su suerte después a Troya, desdichada, / desdichada?/¿por qué?*

Antístrofa 1ª.- *Montones de carros de nobles corceles uncisteis / a la ribera del Simunte / y provocasteis rivalidad sangrienta de guerreros / carente de coronas. / Los reyes descendientes de Ilo, aniquilados / se han perdido para siempre. / Y el fuego del altar / ha dejado de alumbrar en Troya / con el humo de aromas en honor de los dioses.*

Estrofa 2ª.- *Para siempre se ha ido el Atrida / a manos de su esposa / y ella a su vez pagó el asesinato / con su muerte a manos de sus hijos. / Del dios, del dios llegó el dictado del oráculo / que implicaba un castigo para ella / cuando llegó de Argos pisando en las recónditas mansiones / el hijo de Agamenón,... el matricida... / ¡Oh dioses! ¡oh Febo! ¿cómo voy a ser yo consciente de ello?*

Antístrofa 2ª.- *Y por las plazas de los helenos / muchas mujeres entonaban lamentos quejumbrosos / por sus pobres, sus pobres hijos/ y las esposas abandonaban sus hogares / en pos de otro marido. / Y esos tristes dolores les vinieron encima / no solo a ti ni a tus amigos. / Una epidemia ha asolado Grecia, una epidemia / que se ha propagado a los fértiles campos de los frigios / como un huracán destilando sangre de Hades.*

ÉXODO

PELEO.- *[Reaparece, nuevamente, en estado de ansiedad].* Mujeres de Ptía, dadme la información que os solicito. Pues me he enterado de una noticia poco clara; que la hija de Menelao se ha ido sin querer saber nada de este palacio. Y yo vengo presuroso para informarme de si eso es verdad. Pues conviene que quienes quedan en casa se preocupen de la suerte de sus seres queridos que se encuentran ausentes.

CORIFEO.- Peleo, bien lo has oído. No está bien que oculte las desgracias en las que me hallo inmersa. Sí, la señora se ha marchado lejos de este palacio.

PELEO.- ¿Qué clase de miedo hizo presa en ella? Detállamelo

CORIFEO.- El miedo a su esposo, no fuera a expulsarla de palacio.

PELEO. ¿Acaso por sus intenciones criminales con respecto al niño?

CORIFEO.- Sí, y por miedo a la mujer prisionera.

PELEO.- ¿Y abandona el palacio en compañía de su padre, o de quién?

CORIFEO.- El hijo de Agamenón se la ha llevado lejos de este país.

PELEO.- ¿Y qué esperanza anhela ver hecha realidad? ¿Es que desea casarse con ella?

CORIFEO.- Sí, y además anda tramando la muerte para el hijo de tu hijo.

PELEO.- ¿Con algún tipo de engaño o yendo a la lucha a pecho descubierto?

CORIFEO.- En el recinto sagrado de Apolo y con la ayuda de los habitantes de Delfos.

PELEO.- ¡Ay de mí! Esto es tremendo, sin duda. ¿Es que no va a ir alguien a toda prisa a la mansión de la Pitia a informar a nuestros amigos que se encuentran allí de lo que está sucediendo aquí antes de que el hijo de Aquiles muera a manos de sus enemigos?

MENSAJERO.- *[En estado de gran agitación irrumpen en escena el mensajero].* ¡Ay, ay de mí! / ¡Pobre de mí! Qué desgracias tan tremendas vengo a anunciarte a ti, anciano, y a los amigos de mi señor.

PELEO.- ¡Ay, ay! Algo en mi interior barrunta malas noticias.

MENSAJERO.- Anciano Peleo, entérate, no existe ya el hijo de tu hijo. De tal magnitud son las heridas que le han causado los habitantes de Delfos y el extranjero de Micenas.

CORIFEO.- ¡Ay, ay, ay, ay! ¿Qué haces, anciano? No te caigas. Ven, levántate.

PELEO.- Nada soy. Estoy hundido. Me he quedado sin voz y no me responden los huesos.

MENSAJERO.- Escucha lo que ha sucedido por si quieres vengar a tus amigos, y endereza tu cuerpo.

PELEO.- ¡Destino mío! ¡Qué mal te portas conmigo en el último tramo de mi vida! ¡Pobre de mí! ¿Cómo ha muerto el hijo único de mi único hijo? Explícamelo, que pese a todo quiero oír lo que no debería oír.

MENSAJERO.- Después de llegar al famoso recinto de Febo, empleamos tres días llenándonos los ojos de tanto mirar. Y desde luego había algo sospechoso. Toda una masa que vivía en el recinto al dios se agrupaba en corrillos y grupos. El hijo de Agamenón iba de un lado para otro susurrando al oído de unos y otros palabras intrigantes. ¿No veis a ese hombre que anda entrando en las cuevas del dios plagadas de oro, tesoros ofrecidos por los mortales? ¿No os dais cuenta de que está aquí por segunda vez y con el mismo propósito que la vez anterior, y que intenta arruinar el templo de Apolo? Y a partir de entonces una especie de corriente maligna se iba propagando por la ciudad. Los magistrados que llevaban la sala de reuniones del Consejo y en particular los encargados de custodiar las riquezas del dios colocaron una patrulla de vigilancia en las salas rodeadas de columnas. Nosotros, que aún no estábamos bien enterados de todo aquello, cogimos unos corderos que pacen en las faldas del Parnaso y nos situamos junto al brasero del altar en compañía de los introductores de peregrinos y de los adivinos píticos. Y alguien dijo lo siguiente: Joven, ¿qué debemos pedirle al dios por ti? ¿por qué motivo has llegado hasta aquí? Y él respondió: «Nuestra intención es ofrecerle a Apolo la debida reparación por

nuestra falta anterior; sí, en cierta ocasión le pedí que me hiciera justicia por la muerte de mi padre». Entonces cobró todo su valor el relato de Orestes en el sentido de que mi señor mentía, pues lo que realmente temía eran sus intenciones inconfesables. Penetra en lo más recóndito del templo como si fuera a realizar una plegaria a Febo ante el lugar donde se dan los oráculos. Se coloca delante del fuego sagrado. Un pequeño escuadrón de hombres armados de espadas se acaba de situar a su lado. Todo eso lo maquinaba Orestes, el hijo de Clitemnestra. Neoptólemo estaba de frente, realizando una plegaria al dios. Ellos, provistos de dagas bien afiladas apuñalan a traición al hijo de Aquiles que no puede defenderse. Retrocede, pues por suerte no había resultado herido de gravedad. Desenvaina acto seguido la espada y tras arrancar de los clavos una armadura que había allí cerca colgada se puso en pie sobre el altar como un hoplita; daba miedo verlo. A grito increpa a los hijos de los Delfios: ¿Por qué me matáis a mí que he venido con intenciones piadosas? ¿Por qué razón voy a perecer? Nadie de entre los muchísimos que allí había respondió; por el contrario, le lanzaban piedras a puñados. Triturado por tan tupida granizada intentaba protegerse con sus armas y estaba atento para prevenir nuevos ataques extendiendo el escudo con su brazo a diestro y siniestro. Pero todo era en vano. Al revés, muchos proyectiles a un tiempo, dardos, jabalinas con correa en medio, dardos sueltos de punta doble, cuchillos de degollar toros, volaban delante de sus pies. ¡Habrías visto las terribles danzas guerreras de tu hijo al intentar esquivar los proyectiles! Pero como lo tenían prácticamente cercado y no le daban respiro, él, tras abandonar el ara del altar en el que se reciben y humean las víctimas y dar con todo el impulso de sus pies un enorme salto, avanza contra ellos. Y ellos como palomas que han visto un halcón, se dieron a la fuga volviendo la espalda. Muchos iban cayendo revueltos tanto por las heridas como por los pisotones que se propinaban corriendo por caminos estrechos. Un impío griterío dentro de un recinto tan piadoso hizo retumbar a las mismísimas rocas. Por un momento quedó en calma mi señor, allí plantado, radiante con sus armas relucientes. Hasta que alguien desde lo más recóndito del santuario dio un terrible y espantoso grito, con el que incitó a todo el grupo armado a volver a la lucha. Entonces el hijo de Aquiles cae herido en un costado por un puñal de punta afilada, a manos de un hombre de Delfos que le dio muerte con ayuda de otros muchos. A medida que iban cayendo al suelo, unos le herían con la espada, otros lo remataban a pedradas. Todo su cuerpo tan hermoso, ha quedado destrozado por causa de unas heridas salvajes. A él, que yacía ya cadáver junto al altar, lo arrojan lejos del recinto en el que se recibe a las víctimas. Y nosotros recogiendo sus miembros a toda prisa con nuestras manos, aquí te lo traemos para que te deshagas en sollozos y lamentos por él, anciano, y le des honores como merece con un sepulcro de tierra. Estos son los daños que ha causado Apolo, el soberano que imparte justicia a los demás, el juez de los derechos de todos los hombres al hijo de Aquiles mientras le rendía justicia; como si de un hombre pérfido se tratara trajo a colación antiguas rencillas, ¿cómo se puede decir entonces que es sabio?

[Avanza el cortejo fúnebre que acompaña al cadáver de Neoptólemo]

CORO.- *Ya se acerca hasta la casa transportado a hombros desde la tierra de Delfos mi señor. Pobre de él por todo lo que ha sufrido, y pobre, también, de ti, anciano, pues estás recibiendo en tu casa al hijo de Aquiles no precisamente como tú quieres. Inmerso en terribles dolores, te ha tocado compartir su mismo destino.*

PELEO.- Estrofa 1ª. *¡Ay de mí! ¡Qué desgracia tan grande estoy viendo; en mis propias manos te recibo dentro de palacio. ¡Ay de mí! ¡Ay ciudad tesalia! Estoy destrozado por completo, poco a poco me voy consumiendo. Ya no tengo familia, ya no me quedan hijos en palacio. ¡Pobre de mí por mis desgracias! ¿De qué ser querido podré disfrutar? ¿En quién proyectaré la radiante mirada de mis ojos? ¡Ay, boca querida, rostro querido, manos queridas! ¡Ojalá una divinidad te hubiera aniquilado a la ribera del Simunte!*

CORO.- *Así él habría recibido honores después de muerto y tu situación habría resultado bastante mejor.*

PELEO.- Antístrofa 1ª. *¡Boda! Boda nefasta que has aniquilado este palacio y mi ciudad. ¡Ay, ay! ¡Ay, hijo mío! El nombre nefasto de tu esposa, de Hermíone, una ruina para ti nunca debería haberse abatido sobre mi familia; más le valdría haber perecido antes fulminada por un rayo! Nunca deberías haberle echado en casa a Apolo su puntería con el arco en la muerte de tu padre, que era sí de estirpe divina. ¡Tú un puro y simple mortal contra un dios!*

CORO.- Estrofa 2ª. *¡Otototoi! Voy a deshacerme en gemidos por mi señor muerto con el tono de los dioses subterráneos.*

PELEO.- *¡Otototoi! Pobre de mí; replico a tus gemidos, anciano y desdichado, con mi llanto.*

CORO.- *De un dios es este designio del destino, / un dios ha culminado este desastre.*

PELEO.- *¡Ay hijo querido! Dejaste desierta la casa. / ¡Ay de mí, ay pobre de mí! Solo, viejo / y sin hijos, sólo me queda tu ausencia.*

CORO.- *Más te valdría, anciano, haber muerto, haber muerto antes que tus hijos.*

PELEO.- *¿Cómo no voy a arrancarme los cabellos? ¿Cómo no voy a golpear mi cabeza con el golpe funesto de mi mano? ¡Ay ciudad! ¡Apolo me ha privado, uno tras otro, de mis dos hijos!*

CORO.- Antístrofa 2ª. *¡Ay, anciano desdichado, que has sufrido y has visto tales desgracias! ¿Qué va a ser de tu vida en el futuro?*

PELEO.- *Solo, sin hijos, sin llegar al colmo de mis desgracias, aguantaré mis sufrimientos hasta el Hades.*

CORO.- *La felicidad que te dieron los dioses en tu boda no ha servido para nada.*

PELEO.- *En un voleo se ha ido todo al traste.*

CORO.- *Deambulas solo por las estancias solitarias de palacio.*

PELEO.- *Para mí ya no existes, ciudad, ciudad, nada eres. ¡Al suelo este cetro! Y tú, hija de Nereo, que habitas en los abismos profundos, me vas a ver caído en tierra, hundido en la miseria.*

[De forma inesperada surge radiante Tetis, esposa de Peleo]

CORIFEO.- ¡Ay, ay! ¿Qué es lo que acaba de moverse? ¿A qué divinidad estoy distinguiendo? Muchachas, fijaos bien y estad atentas. Una divinidad que cruza por el éter luminoso surca la llanura de esta tierra de Ptía, criadora de caballos.

TETIS.- Peleo, hace tiempo que contraje matrimonio contigo; por eso precisamente vengo yo, Tetis, después de abandonar las moradas de Nereo. Y lo primero de todo te pido que no te aflijas en exceso por las desgracias que te aquejan. Piensa que y, que debía dar a luz hijos inmortales perdí para siempre a mi hijo, Aquiles, veloz en la carrera, el más destacado de toda Grecia, al que tú engendraste. Voy a explicarte el motivo de tu presencia; tú toma buena nota de ello. A éste que ha muerto, al hijo de Aquiles, llévalo hasta el altar de Apolo y entiérralo allí, para que su tumba recrimine a los habitantes de Delfos el violento asesinato sufrido a manos de Orestes. La mujer prisionera, a Andrómaca me refiero; es preciso que habite en tierra molosia unida en matrimonio a Héleno, el hijo de Príamo, y también su hijo, el único superviviente de la estirpe de Eaco. A partir de él, un rey tras otro gobernarán felices en Molosia; porque ni tu estirpe, ni la mía, ni la de Troya van a ser aniquiladas hasta ese punto; en verdad los dioses se preocupan de ella aunque haya sucumbido por deseo de Atenea. Y a ti para que tengas constancia de mi agradecimiento por haber compartido el lecho conmigo –siendo yo una diosa e hija de un padre divino– te haré un dios inmortal e imperecedero tras liberarte de las desgracias que aquejan a los mortales. Después vivirás ya para siempre a mi lado en la mansión de Nereo, tú, un dios con una diosa. Desde allí, sacando del ponto tu enjuto pie, verás a Aquiles hijo tuyo y mío tan querido que tiene su morada isleña en la Costa Blanca en el interior del Ponto Euxino. Pero acude sigiloso a la ciudad de Delfos fundada por los dioses. Llévate este cadáver, y tras sepultarlo en tierra dirígete a la bahía profunda del viejo acantilado de Sepia y siéntate. Espera a que llegue yo a hacerte compañía luego de tomar el coro de cincuenta nereidas. No hay más remedio que sobrellevar lo que está decretado; tal es el parecer de Zeus. Y no te disgustes ya más por quienes están muertos, pues éste es el decreto que ha sido aprobado por los dioses para todos los hombres; es inevitable morir.

PELEO.- ¡Soberana, ilustre compañera de mi lecho, hija de Nereo! ¡Adiós! Actúas como es propio de ti y de tus hijos. Puesto que así lo ordenas, oh diosa, pongo fin a mi tristeza, y tras enterrar a éste voy a dirigirme a los repliegues del Pelión donde cogí con mis manos este cuerpo tan hermoso. Cualquiera persona en su sano juicio, ¿cómo no va a casarse con una hija de padres nobles y a casar, a su vez, a su hija con personas sensatas en lugar de hacer una mala boda aunque le pueda suponer una dote abundante?

CORO. *Muchas son las formas de lo divino / y muchas cosas deciden los dioses contra toda / esperanza. / Unas veces lo que se espera no se cumple / y otras una divinidad resuelve una situación contra / todo pronóstico. / Así ha sucedido en esta obra.*